UAB
Universitat Autònoma de Barcelona

Dipòsit digital de documents de la UAB

This is the **published version** of the bachelor thesis:

Cid Marquez, Lara. *Contra la domesticación: el desarrollo de la identidad en «La familia», de Sara Mesa, y «Papá nos quiere», de Leticia G. Domínguez*. Treball de Final de Grau (Universitat Autònoma de Barcelona), 2026 (Humanitats). 39 pàg.

This version is available at https://ddd.uab.cat/record/336967

under the terms of the CC BY-SA license.

Contra la domesticación: el desarrollo de la identidad en *La familia,* de Sara Mesa, y *Papá nos quiere*, de Leticia G. Domínguez



© Isidro Ferrer

Treball de Fi de Grau
Autora: Lara Cid Marquez
Tutora: Rebeca Martín
Curs: 2025/2026
Grau d'Humanitats

I suppose one of the reasons we're all able to continue to exist for our allotted span in this green and blue vale of tears is that there is always, however remote it might seem, the possibility of change.

GAIL HONEYMAN,
Eleanor Oliphant is completely fine

Agradecimientos

A mi profesora y tutora, Rebeca Martín, de quien he tenido el placer de aprender durante estos años. Ha sido un honor haber podido trabajar contigo desde el interés genuino. Gracias por ser tan generosa y por confiar en este trabajo más de lo que lo he hecho yo misma, no se me habría ocurrido nadie mejor con quien compartirlo.

A mis amigas, mi familia escogida.

Y, sobre todo, a mi hermano, porque es un alivio tenerte a un pasillo de distancia y saber que siempre estás ahí.

ÍNDICE

1. Introducción …… 1

2. *La familia*, de Sara Mesa, y *Papá nos quiere*, de Leticia G. Domínguez …… 2

3. La concepción de la familia en la actualidad ……... 6

4. El proceso de domesticación de la identidad …….. 11

4.1. La vergüenza ……... 15

4.2. El silencio ……..... 18

4.3. La mentira ……... 20

4.4. La culpa ……... 23

4.5. La desconfianza ……... 25

5. Conclusiones …… 29

6. Bibliografía ……... 32

1. Introducción

La definición tradicional de la familia corresponde, en términos generales, a la constitución natural de un vínculo entre diferentes individuos que se encuentran íntegramente enlazados entre sí debido al parentesco que, de forma mecánica, los conecta. Esta unión está regida por un sistema jerárquico que roza la sacralidad y, por ende, a menudo, no permite a sus componentes la posibilidad de superar este régimen de roles fijos y patrones predefinidos. La representación clásica de la familia como una institución y la imposición de un compromiso total con ella han condicionado la realidad de toda la sociedad, y, esencialmente, su redefinición se está haciendo posible mediante el cuestionamiento del que hemos interiorizado como modelo familiar hegemónico.

En virtud de este desmantelamiento de la idealización de la familia, en el presente trabajo se tomarán dos novelas de dos autoras contemporáneas como objeto de estudio con el objetivo de analizar sus respectivos planteamientos acerca de las fracturas que se producen en el proceso de construcción de la identidad en la infancia, concretamente en un entorno marcado por la violencia intrafamiliar: *La familia* (Anagrama, 2022) de Sara Mesa (Madrid, 1976) y *Papá nos quiere* (Caballo de Troya, 2023) de Leticia G. Domínguez (Madrid, 1987). En lo que concierne a la articulación del trabajo, presentaremos el argumento de la nueva concepción de la familia en términos de actualidad con el propósito de ofrecer un contexto previo al análisis de los textos literarios y, tras esto, contaremos con un planteamiento inicial del proceso de domesticación al que se somete a estas infancias a partir de una serie de emociones y acciones selectas: la vergüenza, el silencio, la mentira, la culpa y la desconfianza. Su interacción con la familia se estudiará, principalmente, a través de la teoría del giro emocional, que sostiene que nuestra reacción ante las experiencias vividas, o bien aquello que sentimos, no es íntegramente nuestra, sino que es el resultado de nuestra propia relación con el mundo. En este caso, el sujeto de interés es la familia.

Si bien es cierto que el tema de la familia ha estado siempre presente por el interés generalizado que suscita su desmitificación en los diferentes productos culturales, ha proliferado en los últimos años. En este sentido, nuestro interés en el objeto de análisis se refuerza con la aportación de películas como *El castillo de la pureza* (Ripstein, 1973), *Canino* (Lánthimos, 2009) y *Miss Violencia* (Avranas, 2013); series como *La Mesías* (Javier Ambrossi y Javier Calvo, 2023); u otras obras literarias como *¿Por qué ser feliz cuando*

puedes ser normal? (Jeannette Winterson, 2012), *Una educación* (Tara Westover, 2018), *La herencia* (Vigdis Hjorth, 2019) y *Me alegro de que mi madre haya muerto* (Jennette McCurdy, 2022). Este desarme del concepto glorificado de la familia viene necesariamente acompañado del cuestionamiento que supone el eje central de este trabajo: ¿qué ocurre con la identidad de los hijos cuando se encuentra sometida a un estilo educativo parental autoritario?

Siguiendo con la articulación del trabajo, presentaremos brevemente las emociones y acciones que dan nombre a dichos capítulos sirviéndonos de las conclusiones extraídas del conjunto de la teoría presentada en libros como *El drama del niño dotado* (2015), *El cuerpo nunca miente* (2005) y *Por tu propio bien* (2021) de la psicóloga Alice Miller (1923-2010) y *El chico a quien criaron como perro* (2016) del psiquiatra infantil Bruce Perry (1955) y la periodista Maia Szalavitz (1965) a modo de paso previo al análisis comparativo de las obras. Finalmente, expondremos una síntesis organizada de las conclusiones extraídas con el propósito de contemplar de qué forma afectan los estilos parentales educativos autoritarios en el desarrollo de lo que denominamos el verdadero Yo de las figuras de los hijos y las hijas que aparecen en estas obras.

2. *La familia*, de Sara Mesa, y *Papá nos quiere*, de Leticia G. Domínguez

Sara Mesa y Leticia G. Domínguez son dos autoras coetáneas pertenecientes al panorama de la literatura española actual, pero, en lo que atañe a su proyección en el contexto literario, cuentan con ciertas diferencias. Mesa se ha consolidado como una voz literaria muy característica e influyente en el panorama cultural gracias a sus novelas, ensayos y relatos, y su proyección ya es de carácter internacional, pues sus obras se han traducido a una veintena de idiomas. En lo que respecta a Leticia G. Domínguez, se trata de una nueva voz narrativa contemporánea española, cuya primera obra es *Papá nos quiere*.

La elección de estas dos novelas estuvo motivada, principalmente, por sus semejanzas en la cuestión temática, pero nos resultaba interesante estudiarlas conjuntamente porque también comparten similitudes en sus estilos de escritura, carentes de cualquier tipo de artificio. Siguiendo el hilo del eje temático, el carácter particular de cada una de las obras influye en la experiencia de la lectura y proyectan dos maneras muy distintas de aproximarse al motivo de la identidad de las infancias: la ficción y la autoficción, respectivamente.

Advertimos cierto distanciamiento en *La familia*, fomentado por la presentación del propio sistema familiar desde una perspectiva panorámica, aunque muy general, y una narración omnisciente. Su estructura no lineal presenta a todos los personajes, ofreciéndoles cierto protagonismo al dedicarles a cada uno de ellos uno o más relatos. Este distanciamiento, en lo que concierne al lector, no supone una desconexión total, pero sí facilita una suerte de separación a nivel emocional con la historia, precisamente porque, debido a esta generalidad, de la misma forma en que no podemos interpretar aquello que no se cuenta, no podemos conocer a ningún personaje en profundidad. Como señala la propia autora en una entrevista realizada por Gudrun Palomino para la revista *Casapaís*, "todos los personajes del libro son víctimas de algo" (Mesa, 2022b). De esta manera, las elipsis en el contenido no son gratuitas, sino que aquello sobre lo que no se habla tiene también una función concreta. Tras estos silencios se ocultan verdades innombrables que guardan una relación directa con la personalidad genuina de los personajes, pero que no se dicen porque perturban la imagen que cada uno de ellos quiere construir de sí mismo con el fin de complacer a quien les exige ceñirse al guion: la figura del padre. Aunque, en lo que concierne al padre, sus silencios encarnan la hipocresía, las buenas formas, el disimulo… y, a su vez, simbolizan el arribismo.

Lo que se narra en *Papá nos quiere*, por otro lado, se sirve de una alternancia entre el pasado y el presente, y también difiere de la cronología lineal tradicional. Podemos atribuirle, además, un carácter más personal (rozando los límites de lo testimonial-confesional, incluso) identificable en el punto de vista de una protagonista que, asimismo, se ocupa de la narración en primera persona. A diferencia de *La familia*, aquí no encontramos tantas elipsis de contenido por cuanto la protagonista alude explícitamente a gran parte de los momentos más duros vividos dentro del núcleo familiar, además de presentar de forma más transparente su enfrentamiento con conflictos de orden interno y, por ende, su posterior desarrollo emocional. Por consiguiente, que el lector pueda acompañar a la protagonista durante las diferentes etapas de su vida favorece una complicidad que en *La familia* se concibe en menor grado.

Ambas autoras pretenden aportar su grano de arena al proceso de la desmitificación de la familia y, para hacerlo, ambas plantean dos microcosmos familiares muy concretos. En *La familia*, encontramos un núcleo familiar compuesto por los padres, Damián y Laura, tres hijos biológicos, Damián, Rosa y Aqui, y una última hija adoptada, Martina. Algo muy similar sucede en *Papá nos quiere*: el padre se llama Rafa y de la madre desconocemos el nombre, sus hijos biológicos son la protagonista, cuyo nombre tampoco conocemos, y Jaime, y una

hija adoptada llamada Jade. Asimismo, tanto la carencia de los nombres de algunos personajes como la forma en la que otros son nombrados se prestan como objeto de análisis. Leticia G. Domínguez construye la narración en torno a una protagonista cuyo nombre nunca se explicita. Esta decisión narrativa puede asociarse a los tintes confesionales intencionados de la narración y, sobre todo, podemos asumir que guarda una relación directa con la desvinculación que se produce entre la protagonista y su autonomía en el desarrollo de su propia identidad. El hecho de que esto ocurra también con la madre refuerza esta misma idea. En términos generales, las madres se nos presentan como personajes que, como sus hijos, han tenido que renunciar a muchas cosas en favor de la aceptación. Por ende, el moldeamiento de su carácter, sus deseos y su propio pensamiento crítico suponen una anulación identitaria, muy similar a la que experimenta la protagonista. Esta elusión, sin embargo, no afecta a los hermanos de la protagonista, porque Jade, por un lado, conformó una identidad antes de entrar en la casa y Jaime, por el otro, no estuvo expuesto a las mismas condiciones que sus hermanas. En *La familia*, Sara Mesa se sirve del lenguaje para marcar aún más distancia entre padres e hijos de la que podemos detectar en el texto de Domínguez; los niños se refieren siempre a sus padres como "Padre" y "Madre", cargando de mayor autoridad los apelativos, ciertamente más afectivos, habituales ("papá" y "mamá").

Como advertimos, en las novelas se presenta el personaje de una hija adoptiva que debe tratar de integrarse forzosamente en la familia y que ofrece una nueva perspectiva acerca de lo que sucede en cada casa. En ambos casos, la hija adoptiva es la sobrina de los padres, y estos tienen que hacerse cargo de ella por una cuestión de deber, que no tanto por un acto altruista. Siendo esta la figura que conoce cómo es el mundo fuera, es la única capaz, en un principio, de cuestionar y señalar la extrañeza en la forma de vivir y de ver el mundo de su nueva familia. Si bien tiene que hacer lo posible por integrarse, en su nuevo hogar no lo consigue: las casas en las que conviven se presentan como unos espacios de reclusión y encierro prácticamente totales en los que se imponen una serie de normas incuestionables e inalterables. En *La familia*, el primer capítulo de la novela está dedicado a la casa, que se nos presenta como un miembro más del núcleo familiar. Este capítulo inicial supone una primera toma de contacto con el espacio para el lector, una suerte de manual de instrucciones que nos permite conocer la serie de mecanismos que los hijos adoptan con el fin de sobrevivir a su entorno: "Mira con atención, pero no digas nada. Solo mira y aprende" (Mesa, 2022a: 8). Es más, contamos con una imagen ilustrativa de la inestabilidad y claustrofobia características del hogar en la cubierta, que se materializa en la representación de una pequeña casa de

cartón incomunicada con el exterior, puesto que carece de ventanas y de una puerta funcional. Domínguez, con la misma voluntad, equipara las puertas de la casa con unos muros que delimitan los movimientos de la protagonista, convirtiéndola en un sujeto dominado (Domínguez, 2024).

En lo que concierne a la adaptación de las hijas adoptadas en el núcleo familiar, podemos ver aquí cierta relación con la suerte de proceso de normalización que describe Bruce Perry: "Los estímulos pautados y repetitivos conducen a la tolerancia, mientras que las señales infrecuentes y caóticas producen sensibilización. (...) Su objetivo es lograr que un sistema sensibilizado desarrolle tolerancia" (Perry, 2016: loc. 1182-1189). Aunque es cierto, como hemos mencionado anteriormente, que Martina y Jade no se integran en la nueva casa, sí se acostumbran, en cierta manera, al nuevo funcionamiento de las cosas. Atravesar forzosamente esa primera fase de sensibilización las conduce, posteriormente, a la tolerancia, aunque esto no significa que pierdan la capacidad de enjuiciar la violencia reconocida.

A partir de este esquema global podemos hacer mención a un elemento distintivo utilizado por la autora de *Papá nos quiere* que surge a raíz de la influencia que tiene la tesis de la autora Alice Miller en la vertebración de su obra, pues se refiere a ella como una de sus fuentes de inspiración. Se parte de una voluntad muy concreta de establecer un vínculo directo y visible para el lector entre la infancia y la adultez de la protagonista, porque se trata de vivencias inherentemente conectadas. La autora, como sostiene en una entrevista, tenía una pretensión concreta: "quise que se notase que estaba todo engranado y que había unas causas y unas consecuencias de las que el personaje no puede huir" (Domínguez, 2024). La autora tenía la voluntad, también, de relatar lo compleja que es la idea de romper los vínculos establecidos, las dependencias y las dependencias mutuas, etcétera (Domínguez, 2024).

Si analizamos rápidamente la estructura completa de la obra, reconoceremos un mismo patrón que se mantiene como una constante durante todo el libro. Cada uno de los capítulos combina una serie de fragmentos relacionados con la infancia y otros relacionados con las sesiones de terapia a las que acude la protagonista en su etapa adulta, que son fruto de una decisión que toma a partir de una promesa que le hace a su hermana Jade. El elemento del que se sirve para materializar esta relación de causalidad entre el pasado y el presente es el de las sesiones de terapia y, concretamente, del personaje de Gomes, su terapeuta. Esta figura acompaña a la protagonista durante todo el proceso, hasta la demostración final de la

posibilidad de independencia propia. Con Gomes, consigue satisfacer la necesidad de ser, entre otras, negada durante tantos años por sus padres, y Alice Miller escribe acerca de cómo esto ocurre regularmente en terapia:

> Entre ellas figura, por ejemplo, la necesidad esencial a todo ser humano de articularse con libertad, es decir, de poder presentarse en público tal cual es en su lenguaje, en sus gestos, en su conducta, en el arte y en toda expresión auténtica. (Miller, 2020: loc. 1064).

Leticia G. Domínguez se refiere al terapeuta como alguien que desempeña el papel de un modelo de comportamiento. No ofrece soluciones, sino que "está ofreciendo un espacio de libre expresión, seguro, donde no hay juicio, no hay valoración ni juicio sobre la información que recibe, la fuente no la cuestiona" (Domínguez, 2024).

3. La concepción de la familia en la actualidad

La familia, con el transcurso de los años, ha sido objeto de múltiples cambios que han ampliado su significado originario. En este apartado recorreremos la evolución de la familia de forma ciertamente ordenada, y partiremos de lo que podemos denominar como la concepción tradicional, pasando por su posterior desorden (por emplear el mismo término que Roudinesco) y presentando, finalmente, la concepción actual y su respectiva propuesta.

A propósito de la revisión de la etimología del término "familia", podemos citar el constructo del que parte Friedrich Engels para tratar el asunto de su origen: "*Famulus* quiere decir esclavo doméstico, y familia es el conjunto de los esclavos pertenecientes a un mismo hombre" (Engels, 2017: 88). Esta articulación patriarcal y totalitaria del modelo familiar común nos traslada al establecimiento de vínculos fundados sobre el enlace matrimonial y la filiación. Dichos vínculos se configuran alrededor de una jerarquía que establece que la familia está compuesta necesariamente por la dinámica de subordinación característica entre amos y esclavos, la unión conyugal y la relación paterno-filial (Roudinesco, 2006: 18). De esta manera, los esclavos suponen una suerte de "extensión de la familia" (Zoja, 2018: loc. 1843), propiciada por su dependencia total hacia la figura del amo. En este sentido, se entiende la familia como una forma de organización social construida social, cultural e históricamente, y no tanto como una institución generada en el orden natural que generalmente se le suele asignar: "Los seres humanos se han comportado durante mucho

tiempo como si la familia hubiera existido desde el principio de los siglos, al igual que los mitos y los dioses" (Zoja, 2018: loc. 709). Zoja alega que, al no contar con registros que lo expliciten, existe un hueco histórico en lo que concierne a la interacción y la convivencia propia de las sociedades prehistóricas que no nos permite trazar un modelo exacto previo a la invención de la familia tal y como la conocemos (Zoja, 2018: loc. 702).

La concepción tradicional de la familia se forja a partir del esquema anteriormente presentado, y podemos servirnos de Élisabeth Roudinesco para explorar el desglose en tres periodos que expone en *La familia en desorden* sobre las transformaciones de la organización de la unidad familiar (Roudinesco, 2006: 19-20). En síntesis, nombra la familia "tradicional", la familia "moderna" y la familia "contemporánea" o "posmoderna". En primer lugar, la familia tradicional funcionaba fruto de una motivación muy específica que se reducía a un mero mecanismo de transmisión del patrimonio entre las familias de los contrayentes, quienes no contaban con ningún tipo de agencia en la toma de esta decisión. En segundo lugar, con la llegada de la familia moderna, que surge a finales del siglo XVIII y mediados del siglo XX, el matrimonio comienza a formalizarse a través del amor romántico y la crianza de los hijos deja de ser un asunto privado de la familia y ajeno al resto de la sociedad. En tercer y último lugar, a partir de los años 60 las estructuras familiares se tornan más flexibles porque surgen nuevas formas de "relaciones íntimas o expansión sexual". La familia deja de responder ante un único modelo configurado en el parentesco y el patriarcado, lo que favorece el surgimiento de nuevas estructuras familiares (pensamos, siguiendo las reflexiones de Roudinesco, en familias homoparentales o familias monoparentales) al mismo tiempo que se cuenta con la posibilidad de separarse o divorciarse.

Podemos identificar un punto de inflexión en el proceso evolutivo de la familia a lo largo de los años, cuya emergencia la encontramos en la manifestación de la familia moderna, que es la idea de la pareja. En contextos más primitivos, la sexualidad cumplía con una función auxiliar de procreación, pero, en un momento determinado, irrumpen los vínculos y los afectos, transformando esta suerte de instinto natural reproductivo en lo que conocemos hoy día como una relación (Zoja, 2018: loc. 912-919). Zoja concreta las resoluciones de este cambio en la sexualidad, que hacen referencia a dos formas que inherentemente unen a la pareja: la función vertical, en lo que concierne a la reproducción, y la función horizontal, que alude a la estabilidad de la pareja (Zoja, 2018: loc. 882). Recuperando la línea argumental de Roudinesco, esta se basa, precisamente, en la transformación progresiva de la sexualidad y la

integración de sus diversas manifestaciones como principales motivaciones que propiciaron el cambio en la concepción de la familia. Dichas manifestaciones representan nuevas miradas que desestabilizan el modelo común tradicional, además de cuestionar la "normalidad" de las familias heterosexuales en comparación con las homosexuales (Valbuena Vanegas, 2011: 114). Asimismo, también influyeron la irrupción de lo femenino en las estructuras patriarcales y la reconocida individualidad del hijo:

> Será Freud el que, rescatando la tragedia de Edipo y el drama de Hamlet, ponga en marcha el proceso de emancipación que permitirá a las mujeres su diferenciación, a los niños ser considerados como sujetos y a los "invertidos" la normalización. Surge así el terror y la amenaza de la abolición de los sexos y, junto con ello, la disolución de la familia. (Seki, 2004: 212).

Roudinesco se sirve de la diversidad de la familia contemporánea para darle nombre a su libro. En este sentido, como propone la autora, no debemos asociar el desorden de la familia con el caos, y debemos pensar en este desorden como sinónimo de deconstrucción (Asensi Pérez, 2017: 139). La pretensión de la autora parte del señalamiento de las fracturas que se producen en las bases que sustentaban el único modelo familiar (tradicional) aceptado. La exposición del cuestionamiento, sin embargo, no pretende mostrar el cambio del modelo como una forma de destrucción del mismo, sino que pretende mostrar cómo estas nuevas estructuras familiares solo están tratando de legitimarse en lo que concierne a la cuestión universal de la familia. En otras palabras, este debilitamiento que surge tras la aparición de nuevas formas de entender la familia supone una crisis del modelo clásico, pero Roudinesco no la presenta con tintes negativos, puesto que esta crisis evidencia una transformación necesaria: "La familia venidera debe reinventarse una vez más" (Roudinesco, 2006: 214). Esta reinvención guarda relación con la inevitabilidad del cambio, que se produce en la medida que se transforma, a su vez, la sociedad perteneciente a cada época. De esta manera, podemos servirnos de la siguiente cita para resumir la voluntad de la autora por demostrar que, a diferencia de lo que estas transformaciones pueden suscitar en un primer momento, la concepción del vínculo familiar no se altera en cualquiera de los casos: "el lazo familiar no desaparece a pesar de las variaciones suscitadas al interior del núcleo familiar, las supera y permanece, es decir, se recompone permanentemente" (Valbuena Vanegas, 2011: 111). Estas nuevas concepciones de la familia se caracterizan por la descentralización y desacralización del padre, que ya no se plantea como una figura que se impone sobre el resto de miembros de

la familia. La crisis también afecta al imaginario creado alrededor de la imagen del padre, cuyo modelo se quebranta:

> Por primera vez en la historia el hijo *se avergüenza del padre*. No se trata de algo ocasional, siente vergüenza de tener padre y de ser su hijo. Ese día nace el problema de los hijos que no quieren crecer y, de este, directamente, la sociedad actual de adultos que intentan no serlo. (Zoja, 2018: loc. 3751).

Partiendo de este desorden, podemos presentar la concepción actual de la familia. En virtud de la función auxiliar de la familia asociada normalmente de forma exclusiva al modelo de familia tradicional (modelo canónico), existe, en contraposición, una pluralidad de redes de apoyo (familiares y extrafamiliares) invisibilizadas que pueden cumplir y, de hecho, cumplen con la misma función. Por ello, en términos generales, en la contemporaneidad se ha apostado por una propuesta que defiende la abolición de la familia. Con el fin de entender a qué nos referimos exactamente cuando hablamos de "abolición", podemos partir de la definición que propone M. E. O'Brien en *Family abolition: Capitalism and the Communizing of Care*:

> Family abolition is a commitment to making the care necessary for human flourishing freely available throughout society. Rather than relying solely on one's immediate personal relationships, access to care could be built into the social fabric of our collective lives. Family abolition is the vision that the basis of thriving should not depend on who your parents happen to be, who you love, or who you choose to live with. Family abolition is a horizon of sexual and gender freedom beyond the bigotry imposed by those on whom we depend. Family abolition is the expansion of care as a universal, unconditional social good. Family abolition is not just the positive assertion of care but also a refusal of the harmful relationships of domination that the family form enables. Family abolition is a belief that no child should be trapped by cruel parents; no woman should be afraid of poverty or isolation in leaving her violent husband; no aging, disabled, or sick person should be afraid of having to depend on an indifferent and uncaring family member. Family abolition is the recognition that no human being should ever own or entirely dominate another person, even children. (O'Brien, 2022a: 14-15).

O'Brien define la concepción tradicional de la familia como un límite que funciona a modo de barrera estructural, problemática cuya resolución solo puede conseguirse a través de las

capacidades transformadoras atribuidas a la abolición (O'Brien, 2022a: 12-13). Asimismo, esta limitación y el nulo reconocimiento de otros modelos familiares disidentes suponen el tratamiento de necesidades universales (como pueden ser el afecto y el cuidado) como cuestiones privatizadas. Sin embargo, también se alude a la necesidad de la abolición de la familia porque, a menudo, esta se convierte en un espacio en el que se ejercen distintas formas de violencia bajo el nombre del parentesco y su tendente asociación con la propiedad (Lewis, 2023: 48). De esta manera, muchas personas se ven forzadas a crear una comunidad con la voluntad de sobrevivir al entorno:

> Building on what Nat said, it is interesting to see how queer and trans people are already creating new and different worlds in so many ways as a means of survival. Instead of the traditional family, we have queer families. Instead of perhaps traditional ways of living, we have collective ways of surviving – by necessity. (Baars, 2022: 73).

Otras realidades fuerzan la permanencia en entornos familiares opresivos por una cuestión de dependencia, que generalmente suele ser de carácter económico: "Shrouded in privacy and bound by relationships of dependency, families readily enable violence and abuse" (O'Brien, 2022a: 16).

Aunque la familia ha sido sometida a múltiples cambios en la contemporaneidad, O'Brien explica que estas transformaciones no son sustanciales, o bien no comportan un derrocamiento determinante del que se ha asentado como el modelo normativo de la familia. Esto se debe a que la evolución de la familia no solo ha estado influenciada por la manifestación de nuevas estructuras familiares, sino que ha evolucionado de una forma concreta obedeciendo las necesidades del capitalismo (O'Brien, 2022b: 66). Es por esto por lo que sigue existiendo, aún hoy, un modelo de "familia ideal" que prevalece ante todos los demás, cuya superioridad es producto de una asimilación o aprendizaje cultural al que estamos expuestos de forma ciertamente inconsciente. Este modelo ideal de la familia responde a uno blanco, heterosexual, económicamente solvente y fundamentado en los roles de género:

> The family ideal is a cultural construction, a myth cobbled together from a collection of popular cultural images from film, television, literature, and magazines. It is prominent in the constructions of social scientists and psychologists. It figures in childhood development and

> fantasy life, as what a proper family should be. Critics of the family have often focused their attack on this fantasy ideal. Since the rise of bourgeois society, this family ideal is imagined to be white, to be centrally organized around a long-term heterosexual relationship, to own a stand-alone house, to have an unwaged housewife, and to have children enrolled in school. (O'Brien, 2022a: 42).

Las obras que analizaremos a continuación permiten revisar el modelo tradicional, cuestionando aspectos como las limitaciones de la familia, el autoritarismo como modelo educacional y la normalización de las relaciones intrafamiliares sustentadas por modelos jerárquicos patriarcales, e invitan a reflexionar sobre esta perspectiva abolicionista de la familia.

4. El proceso de domesticación de la identidad

En las novelas, encontramos en la figura del padre la posición más elevada en la jerarquía establecida dentro de la familia. Cada uno de los padres se sirve de recursos distintos para situarse a sí mismo en ese lugar. A Damián le funcionará, en mayor o menor medida, durante toda su vida el fingimiento acerca de su oficio y su fachada de hombre aparentemente intelectual, mientras que Rafa se auxilia esencialmente en su religiosidad para equipararse, casi, a Dios ante su familia. La voluntad de domesticar al resto de su familia (incluyendo a su mujer, quien, por este motivo, suele convertirse en una suerte de verdugo con sus hijos) se lleva a cabo para perfeccionar lo que se retrata, y se denomina explícitamente en el caso de *La familia*, como un proyecto personal en un estado de construcción y desarrollo permanente. Es más, Mesa pone en palabras del padre una definición que resume lo que significa para él la familia, cuyo elemento fundamental radica en el nacimiento de los hijos:

> Piensa que si no tuviéramos hijos incluso estando casados y con todos los papeles en regla, no seríamos una familia, sólo seríamos una pareja, dos personas sin vínculos de sangre, estériles e inútiles. Para fundar una familia hace falta que nazca un hijo. Y cuantos más hijos haya, más vínculos de sangre, más familia. (Mesa, 2022a: 52).

En este sentido, cuando nos referimos al proceso de domesticación, nos referimos a todas las imposiciones camufladas como enseñanzas que delimitan la expansión del Yo de cada uno de los hijos. A estos niños se les enseña a empequeñecer, a reprimir su naturaleza y, con ella, sus deseos de ser. Sin embargo, debe parecer que responden a su propia iniciativa: "han

aprendido que para recibir aceptación deben obedecer, pero no a regañadientes, sino de buena gana, haciendo ver que en realidad siguen su propia voluntad" (Mesa, 2022b). En términos generales, lo que la figura del padre consigue a través de este proceso de domesticación es poner a su familia a su merced, anular completamente su individualidad si no se cuenta con su aprobación y asegurarse de que todos los miembros del núcleo familiar funcionen necesariamente a través de él. De esta forma, mientras el padre se asegura de convertir a la madre en una suerte de cómplice, sin llegar a alcanzar nunca su posición, los hijos quedan relegados a una agrupación distinta: "Quizá lleve toda la vida sucediendo así y no me había dado cuenta. Papá y mamá. Jade y yo" (Domínguez, 2023: loc. 1646).

En relación con la dinámica familiar, podemos ahondar en la forma en que el mandato paterno también atraviesa a la madre. Las madres retratadas en las dos novelas son distintas, en gran medida porque ambas han sido sometidas a distintos tipos de violencia, incluso antes que los propios hijos. Por un lado, en *La familia* se destina uno de los capítulos («Resistencia») a la relación de Laura y Damián. En él se explicita el proceso de despersonalización que sufre Laura a manos de Damián, quien, motivado por su supuesta superioridad moral, la aleja de su propia familia, rechaza su voluntad de adentrarse en el mundo laboral y transforma completamente su carácter, convirtiéndola en una suerte de cómplice silenciosa. Por otro lado, en *Papá nos quiere* sabemos a través de la protagonista que la subyugación de la madre es total, porque además de sufrir maltrato psicológico también es víctima de maltrato físico: "La abrazo esas veces que llora a punto de marcar el número de las mujeres víctimas de maltrato" (Domínguez, 2023: loc. 1247). Esta violencia sufrida es la que, quizá, lleva a esta madre a reproducirla con sus hijas, puesto que en su crianza puede ejercer el único poder del que dispone y lo utiliza para perpetuar lo único que conoce: "Y la madre, creo que ella decide, o quizá no lo pueda decidir, pero ella hace que sus hijas sigan ese rol, porque su forma de entender el mundo es esa y no conciben una mujer libre en esa familia" (Domínguez, 2025).

Como se ha mencionado anteriormente, la estructura patriarcal de la familia es el principal sustento de estas dinámicas. Podemos servirnos del ejemplo más ilustrativo entre las dos novelas, *Papá nos quiere*, para desmenuzar la organización de la unidad familiar. A la posición preponderante del padre, le sigue la del hijo (cuando crece), la de la madre y, finalmente, las hijas, siendo Jade, como hija adoptiva, la última en la escala familiar. El personaje de Jaime, como varón y hermano pequeño de la familia, queda exento del proceso

de domesticación total, aunque esto no significa que los padres no determinen, también para él, un camino a seguir: "¿Acaso nos conocen a Jade y a mí?, ¿saben algo de nuestras aficiones y gustos?, ¿saben algo de las de Jaime o tan solo le trazan un camino?, ¿nos lo trazan a todos?" (Domínguez, 2023: loc. 375). A partir de la distinta educación que reciben Jaime, la protagonista y Jade, se expone la evitabilidad de la violencia ejercida contra ellas. Es más, el reconocimiento de dicha diferencia en el trato recibido es lo que le permite a la protagonista exculparse de unos sentimientos que no son inherentemente suyos (Domínguez, 2023: loc. 1050).

En *La familia*, también se trata el factor de la diferencia en la crianza a través del personaje de Aquilino, aunque, en este caso, la diferencia no radica tanto en la rigidez de la educación que recibe, como la del resto de sus hermanos, sino en cómo procede para sortearla. Aunque en estas familias se trate de reprimir el concepto de la individualidad, los hijos tienen personalidades distintas. Se nos describe a Aquilino como el más desvergonzado y listo entre sus hermanos, y es precisamente la fidelidad a su carácter lo que le permite no estancarse (Mesa, 2022a: 114). No obstante, Aquilino cuenta con esta posibilidad porque "el Proyecto" del padre, a medida que crece, se va debilitando.

Con el fin de ejemplificar lo que supone esta domesticación, podemos servirnos de un pasaje correspondiente a *La familia* que, paradójicamente, al plasmar una queja expresa por parte del padre acerca de la domesticación de animales, encapsula, en cierto modo, la idea general y algunos de los fundamentos principales (desigualdad y posesión) de su propio proyecto familiar:

> Rescatar a un gato de la muerte es una acción muy digna, pero conservarlo como mascota es bastante elocuente, ¿no? Establece una relación de desigualdad, de posesión, inaceptable. (…) Fíjese: los animales no tienen mascotas. Un perro no tiene a un gato ni un chimpancé tiene a un loro. En la naturaleza no existe esa costumbre tan absurda, es algo que nos hemos inventado los humanos, justificándolo con la excusa de la compañía. (Mesa, 2022a: 217).

En lo que concierne al concepto de la familia como una forma asegurada de compañía, podemos abordar la influencia del procesamiento emocional de los padres en el de los hijos. El papel de los segundos se ciñe al de sujetos acompañantes en las dolencias de cualquier naturaleza de sus padres, convirtiéndolos en una suerte de depositarios de la disfunción

sistémica familiar. En *Papá nos quiere*, podemos abordar la cuestión desde la inversión de los roles. Mientras la madre utiliza a su hija como confidente, volcándose emocionalmente sobre ella, la hija asume el papel de figura responsable:

> Desde muy niña, mamá me elige como confidente, a lo que yo respondo con un apoyo feroz. Trato de quitar hierro a lo que la hace sufrir, me dedico a paliar sus conflictos. (…) Cuando estoy con mamá queda patente que la más necesitada de las dos es ella. (Domínguez, 2023: loc. 174).

En *La familia*, esta carga emocional se manifiesta a través de la culpa. Un ejemplo lo encontramos en el pasaje en el que Damián (hijo) y Aquilino se encuentran escondidos en el armario de la habitación de sus padres y observan a su padre llorar en silencio. No saben por qué, pero instintivamente se culpan de ello (Mesa, 2022a: 223).

A continuación, hemos realizado una breve división por capítulos marcada por un mismo punto de partida, que es el de la domesticación. Las siguientes emociones y acciones conforman un listado de fases de un mismo mecanismo, cuya posibilidad de materializarse existe gracias a la utilización del poder y del miedo como instrumentos de reacción o bien de control de dicha reacción:

> Y el miedo prolongado puede causar cambios crónicos o casi permanentes en el cerebro. Las alteraciones cerebrales que son el resultado de un terror persistente, sobre todo si este ha tenido lugar en las primeras etapas de la vida, pueden provocar un cambio permanente. (Perry, 2016: loc. 1414).

En los capítulos siguientes se ahondará principalmente en el control psicológico ejercido sobre los hijos. No obstante, esta no es la única vía que existe y que los padres toman para someterlos; asimismo, se hacen con el dominio de sus cuerpos, dejando a unos infantes desprovistos de cualquier tipo de agencia propia. Por consiguiente, la sumisión es total:

> Quería dejar claro como, también, el trauma psicológico está vinculado al trauma con el cuerpo y la relación consigo misma está rota, no por elección o porque ya haya nacido con una relación rota, sino porque se la han impuesto. (Domínguez, 2024).

En ambas novelas vemos reflejada la importancia de la alimentación dentro del ámbito familiar, aunque desde perspectivas distintas. Mientras que en *Papá nos quiere* la madre muestra una preocupación obsesiva por la alimentación de su hija, obligándola a comer en exceso (así, la cubierta de la novela está cargada de sentido)[1], en *La familia* se somete al personaje de Damián (hijo) a un régimen alimentario restrictivo desde una temprana edad. La relación que ambos mantienen con sus cuerpos está fundamentada en la vergüenza, precisamente porque está contaminada por la mirada de los padres:

> El alimento es algo muy simbólico. Creer que tus hijos son de tu propiedad, como a veces ocurre, supone que el control sobre su propio cuerpo es absoluto. Hay algo muy fuerte que también se traduce en el cuerpo. Yo creo que el dolor psíquico lo llevamos dentro y se traduce en síntomas, como incluso querer no comer: no quiere parecerse a su madre porque no quiere crecer y convertirse en un ser más débil de lo que es. (Domínguez, 2024).

En relación con el cuerpo, la exploración de la sexualidad se presenta bajo una prohibición expresa, cuya naturaleza corresponde a motivos distintos. En *Papá nos quiere*, esta prohibición se encuentra enraizada en el pecado, aunque también se condena el desarrollo natural del cuerpo: "Si no se puede conformar como un ser sexual, ¿cómo va a querer desarrollar su cuerpo?" (Domínguez, 2025). Debido al componente religioso, esta prohibición supone una internalización del sexo como un acto punible y, por ende, el rechazo es más tajante. En cambio, en *La familia*, la sexualidad como elemento de represión se impone desde una supuesta bajeza moral, y por ello la "respuesta" que consiguen es ciertamente distinta: la sexualidad queda ligada a la clandestinidad.

4.1. La vergüenza

Podemos definir la vergüenza como la emoción que prevalece en el momento en el que se produce una ruptura dentro del imaginario propio o ajeno construido alrededor de proyecciones o expectativas depositadas en nosotros mismos. La veracidad que se le otorga al juicio ajeno se subordina al nuestro propio y, de esta manera, se trata de un sentimiento enraizado tanto en los deseos truncados proyectados del padre en los hijos como en los deseos truncados de los hijos proyectados en las necesidades propias (anhelo de una

[1] La cubierta expone un plato de comida sostenido por una mano adulta. Asimismo, apreciamos la silueta de un tenedor y lo que podríamos interpretar como la porción del plato ya ingerida. De esta forma, lo visible y lo ausente en la imagen se manifiestan como indicadores de la imposición materna y la obediencia infantil, respectivamente.

sensación de normalidad, de parecerse al resto, de pertenecer a alguna parte, etcétera). Esta vergüenza enquistada no deja de tratarse de un constructo originado y reforzado por los padres a través de una suerte de estrategias que, en conjunto, calan en el niño y lo privan de toda naturalidad, puesto que no podrá actuar desde otro lugar que no sea la autoconciencia (las diferencias entre el Yo y el Otro): "Los métodos para reprimir la espontaneidad vital son: tender trampas, mentir, aplicar la astucia, disimular, manipular, amedrentar, quitar el cariño, aislar, desconfiar, humillar, despreciar, burlarse, avergonzar y aplicar la violencia hasta la tortura" (Miller, 2021: loc. 1236).

A raíz de esta vergüenza vemos cómo la diferencia es soportable siempre y cuando no sea reconocible para el resto. Podemos hacer mención al momento en el que, en *Papá nos quiere*, Berta, una amiga de Jade, se queda a dormir en casa de la protagonista, en principio emancipada de sus padres, y a ella la domina la vergüenza tras imaginar la posibilidad de que Berta sea cómplice de la "dinámica" familiar: "Sobre todo que me avergüenza mucho que Berta llegue cuando papá y mamá estén todavía aquí. Que vea cómo son, que los oiga hablar" (Domínguez, 2023: loc. 1826). Se plantea una situación muy similar en *La familia*: "No se puede añorar lo que se desconoce, de modo que el problema no consistía tanto en no tener televisor como en admitirlo ante terceros: esa vergüenza" (Mesa, 2022a: 142). Podríamos suponer que Martina, acostumbrada a otro tipo de vida, siente, quizá, una vergüenza más punzante que la del resto de sus hermanos porque, a diferencia de ellos, ella cuenta con otro concepto de normalidad.

Por otro lado, la vergüenza que experimentan los padres guarda relación con las apariencias y, consecuentemente, los hijos se ven forzados a configurar su identidad en función de las demandas de quienes actúan como sus propietarios. Asimismo, con la finalidad de no suscitarla, recurren a disfrazar su identidad: "La adaptación a las necesidades de los padres conduce a menudo (aunque no siempre) al desarrollo de la «personalidad-como-si», o de lo que con frecuencia se ha descrito como el «falso Yo»" (Miller, 2020: loc. 186). En un entorno opresivo, como el que se retrata en ambos textos, la identidad de los hijos se percibe como un inconveniente y se exige un cambio que se efectúa por la supuesta aprobación de las figuras paternas que se obtendrá después. Mientras el verdadero Yo queda en suspensión por un periodo indeterminado de tiempo y se va empobreciendo por su nula estimulación, aquello que pasa a responder por uno mismo es una personalidad impuesta, artificiosa, que será lo que tenga la oportunidad de desarrollarse. Lo que se produce podría definirse como una

cesión por parte de los hijos, siendo la propia identidad aquello a lo que se renuncia, progresivamente, con una voluntad de aceptación de los padres. Esta anulación del Yo comienza en la limitación del lenguaje:

> Si la madre no puede cumplir con su función especular ni alegrarse de la existencia del niño, sino que depende de su manera de ser determinada, se producirá entonces la primera selección: lo «bueno» será separado de lo «malo», lo «feo» de lo «bello» y lo «correcto» de lo «falso», y esta selección será interiorizada por el niño. (Miller, 2020: loc. 1099).

La protagonista de *Papá nos quiere* describe esto como un diccionario de la lengua española que confeccionan sus padres para ella (Domínguez, 2023: loc. 1021), y las prohibiciones que se explicitan en él restringen sus posibilidades de expresarse física, emocional y verbalmente sin inhibiciones: "Papá no quiere que yo tenga mi propia personalidad, quiere que sea su eco. Para obedecer comienzo a odiar y juzgar mis propias palabras, todas las que sé que no le gustan" (Domínguez, 2023: loc. 1007-1014). De esta manera, además de eludir en sus conversaciones todo aquello que han asumido como un inconveniente para sus padres, el siguiente fragmento pone de manifiesto la desconexión de los hijos respecto a lo que podríamos referirnos como algunos de los códigos compartidos por la gente de su misma edad:

> Jade y yo marginamos de nuestras conversaciones todo lo que ellos dos castigan: chicos, sexo ropa, pandillas, cine, amigos, viajes, ferias, romerías, cerveza, comida basura, festivales de música. No lo descartamos a propósito: no podemos hablar de lo que no conocemos. (Domínguez, 2023: loc. 1341-1348).

La razón de la vergüenza de los padres se prevé en la siguiente cita de *La familia*, y recae en el interés por que no se mancille la imagen moral que pretenden proyectar hacia el exterior (debemos prestar atención al lenguaje que se emplea: "manchado"). Los hijos suponen un sujeto amenazante para la estabilidad de su reputación, y los padres se sirven de la diferencia para amparar la necesidad de efectuar el proceso de domesticación. De esta manera, con las apariencias que los padres se empeñan en cultivar y reproducir, tratan de reafirmarse a sí mismos:

> Un novio significa sexo, y el sexo, ya se sabe, no existe. La misma palabra sexo es impronunciable, con la explosión efervescente y festiva de la equis. Quien la diga en voz alta está ya manchado por la sospecha, porque revela un conocimiento impropio. (Mesa, 2022a: 126).

4.2. El silencio

En lo que concierne al silencio, puede estar motivado por razones muy diversas. Podemos hacer una diferenciación entre lo que podríamos denominar un enmudecimiento voluntario y un enmudecimiento impuesto. En el primer escenario, el silencio se utilizaría como una suerte de recurso que le permite al padre ejercer un control completo sobre las palabras del hijo. En el segundo escenario, sería el hijo el que tomaría el silencio como alternativa ante la certeza de que existen posibilidades de acción peores.

Otra de las interpretaciones que se les puede dar a los silencios en ambas novelas corresponde al silencio como una manifestación de la incapacidad de comunicación. Podemos partir de uno de los casos clínicos que presenta Bruce Perry en *El chico a quien criaron como perro*, el caso de Sandy (capítulo: «Por tu propio bien»). Para Perry, conocer a los niños con los que se trata más allá de sus historiales médicos o personales conforma una parte fundamental del proceso terapéutico en su conjunto, aunque, en ocasiones, algunos niños se muestran ciertamente evasivos durante las primeras sesiones. Cuando esto sucede, Perry expresa que les acompaña en el silencio, al mismo tiempo que hace lo posible por crear un espacio seguro para que el niño, progresivamente, cuando esté preparado, se comunique:

> Durante los primeros meses de nuestro trabajo conjunto, cada sesión empezaba de la misma manera: en silencio. Sandy me cogía de la mano y me conducía al centro de la habitación, tiraba de mí hacia abajo y hacía un gesto. Yo me tumbaba y me acurrucaba como si estuviera atado. Ella daba vueltas por la sala mientras iba y venía ante mí. Finalmente volvía, se echaba sobre mi espalda y se ponía a tararear en voz baja y a mecerse. Para entonces yo ya sabía que no debía hablar ni cambiar de postura. Le dejaba tener todo el control que necesitaba. (Perry, 2016: loc. 1197).

Cuando el silencio ocupa una gran parte en la relación entre los padres y los hijos, es natural que realizar un "ejercicio" de identificación de emociones o de elección de palabras que recojan adecuadamente aquello que se está sintiendo resulte muy complejo y, en ocasiones, ni

siquiera pueda llevarse a cabo: “Quiero decirle algo, pero las palabras no salen, y pienso que es triste que a las dos nos pase eso” (Domínguez, 2023: loc. 122). Siguiendo el mismo hilo, en *La familia* se narra cómo a Martina “le subió un extraño calor por el cuello” y enmudeció tras uno de los episodios de enseñanzas de su padre adoptivo Damián (Mesa, 2022a: 19). Esto puede interpretarse como una respuesta corporal y física ante la imposibilidad de hablar, ante la contención, también. El cuerpo y la mente mantienen una interacción constante y no es posible tratarlos por separado pero, en ocasiones, el cuerpo produce o experimenta una reacción antes de que se asuma o se comprenda el origen de esta a través del sentido:

> Además, probablemente todos hemos experimentado el acto reflejo de saltar físicamente antes incluso de saber el motivo de nuestra alarma. Esto sucede porque los sistemas de respuesta al estrés de nuestro cerebro contienen información sobre posibles amenazas y están preparados para actuar lo más rápido posible, lo que a menudo significa antes de que la corteza cerebral pueda considerar cómo proceder al respecto. (Perry, 2016: loc. 652).

Retomando el concepto del enmudecimiento voluntario, podemos hacer mención al uso estratégico del silencio como fruto del aprendizaje que adquieren los hijos acerca de los patrones de comportamiento que reconocen en sus padres. Este aprendizaje se vincula con la subsistencia de los hijos en un espacio de reclusión y encierro físico y emocional, y los padres se convierten, así, en una suerte de objetos de estudio. Familiarizarse con su lenguaje (el subtexto), conocer las normas y el motivo por el que se imponen les permite anticiparse y, por ende, obrar con cierta prudencia:

> Un adulto puede manifestar su descontento con Dios, el destino, las autoridades y la sociedad si se siente engañado, ignorado, injustamente castigado, expuesto a exigencias excesivas o a mentiras; pero al niño no le está permitido hacer ningún reproche a sus dioses: los padres y los educadores. En ningún caso se le permite poner de manifiesto sus frustraciones, tiene que reprimir o negar sus reacciones emocionales. (Miller, 2021: loc. 4502).

Con el fin de ejemplificar el reconocimiento de patrones anteriormente mencionados, podemos servirnos de la siguiente cita. Ante una discusión unilateral con su madre, la protagonista de *Papá nos quiere* ni siquiera contempla la posibilidad de defenderse, puesto que es capaz de trazar un recorrido mental previo de los movimientos que su madre realizaría si se aventurara a hacerlo. El hecho de que ella prevea lo que ocurriría en clave de futuro nos

ofrece información que no queda expresa en el texto, pero que nosotros, como lectores, podemos sobreentender; ya ha sucedido antes:

> Si trato de defenderme, se desgañita. Si yo chillo tanto como ella, puede llegar a quitarse una zapatilla (de satén rosa, con un pompón en la punta), y comenzar a sacudirme. Entonces yo aprieto la boca, agacho la cabeza y me la cubro con las manos. No hago ningún movimiento más, recibo el castigo con obediencia. Evito reaccionar. (Domínguez, 2023: loc. 44).

Para comprender a qué nos referimos con el subtexto, podemos hacer un breve análisis de la siguiente cita de *La familia*:

> —Silencio y respeto —dijo Madre—. Una cosa va relacionada con la otra, y esta es una buena manera de demostrarlo. Podemos estar sentados en la misma mesa, cada uno ocupado en sus asuntos, y no molestarnos lo más mínimo. Y hasta podemos compartir el material, ya que estamos tan cerca. (Mesa, 2022a: 15).

Partimos de un contexto en el que Martina recibe un toque de atención por parte de su padre adoptivo a causa de haber estado escribiendo en una libreta con un candado, a escondidas. A raíz de la conversación que mantienen, comienzan a implementarse toda una serie de modificaciones en las formas de convivencia de la familia: desde ese momento los hijos deben abandonar las habitaciones para pasar tiempo en familia, todos juntos, en el salón. Además, Martina tendrá que comenzar a escribir delante de su padre, dejando la libreta, ya sin candado, a disposición de cualquier otro miembro de la familia interesado en leerla. Lo que podría haberse tratado de un recurso para la preservación de la identidad de Martina, recién llegada a un entorno desconocido, se pervierte y se convierte en un objeto de contemplación sometido a la hipervigilancia. Esto se entiende después como otra forma de silencio, puesto que la niña no volverá a escribir de forma espontánea en esa libreta. Volviendo a la cita, la imposición inicial (“silencio y respeto”) parece suavizarse con las instrucciones que se presentan después a modo de presuntas sugerencias. Se trata, en realidad, de un aviso, una señal que indica y determina que, de ahora en adelante, se va a producir un cambio.

4.3. La mentira

Entendemos el funcionamiento del acto de mentir a través de dos ejes centrales que condensan los motivos, en términos generales, por los que se recurre a él: la mentira inconsciente (en referencia a la ocultación de información o la alteración o modificación de esta) y la mentira deliberada (en referencia a aquello que se dice en virtud de contentar a los progenitores y que, en ocasiones, se percibe como un acto desleal hacia uno mismo). Un pasaje que nos resulta útil para tratar la mentira pertenece al libro *El cuerpo nunca miente* de Alice Miller, y versa sobre la autojustificación del engaño explícito por parte de los padres, quienes, supuestamente, hacen todo por su bien: "El precio de este vínculo lo pagan en primer lugar los propios niños, que crecieron con el espíritu de la mentira, porque de manera automática se les infligió aquello que, supuestamente, a uno le «fue beneficioso»" (Miller, 2005: loc. 1961). A diferencia del resto de emociones/acciones, podríamos decir que la mentira es una de las más importantes de todas, precisamente porque forma una parte crucial en la vida de los niños. El peso que tienen las palabras de sus padres en este contexto es mayor que en cualquier otro. La información que proporcionan los padres, por distorsionada o falsa que esta sea, es lo único que les sirve a estos niños para construir mentalmente la realidad que aguarda un exterior que no se les permite conocer.

En relación con esta mentira deliberada, podemos proponer dos escenarios ciertamente distintos que la encarnan. En el caso de *Papá nos quiere*, la protagonista expresa que no le gusta rezar porque ya no cree en Dios, pero que lo sigue haciendo porque sabe que es lo que se espera que haga, porque es lo que le han enseñado:

> Me pregunto si mi padre se da cuenta de mi incomodidad, de lo que estoy expresando sin palabras, tan solo con mis susurros o con mis frases rotas, que no acaban de pronunciar bien la oración que ordena el Vaticano, sino otra debilucha, primitiva y tan incompleta como yo. (Domínguez, 2023: loc. 59).

Que continúe pronunciando estas oraciones, en las que ya no cree, resulta algo significativo: es una "traición a mí misma" (Domínguez, 2023: loc. 52). Se trata de una acción dolorosa porque esta mentira contenta al padre, manteniendo a la protagonista aparentemente fuera de peligro, pero la aleja, a su vez, de sí misma, de su voluntad. Es una más de las cuestiones ante las que se cede por aceptación. En lo que concierne a *La familia*, Martina percibe que nadie

en esa casa actúa como en realidad le gustaría (Mesa, 2022a: 16). Este fingimiento atraviesa a todos los miembros de la familia, quienes hacen una cosa mientras fantasean con hacer otra muy distinta, y esta también es una forma de traicionarse, aunque no se pueda hacer otra cosa.

A propósito de la figura del padre, en ambas novelas destaca cómo este recurre a la mentira para lograr la proyección de una imagen cimentada en la grandiosidad como autoengaño (Miller, 2020: loc. 481). Bajo la necesidad de presentarse como la autoridad se oculta otra verdad, la de la inseguridad: "Es un poder extraño porque lo ejerce alguien que, en realidad, es bastante débil. Por eso es también un poder con fecha de caducidad" (Mesa, 2023). La distorsión de la realidad supone un mecanismo de defensa para estos perfiles, y su afán por ser percibidos como seres naturalmente superiores permite entrever el componente ilusorio de dicha superioridad: son conscientes, en su fuero interno, de que es fingida, pero es precisamente esto lo que tratan de esconder.

Estas mentiras, al ser pronunciadas por el padre, marcan las verdades, y es así cómo se conforma el modelo que el resto de la familia deberá tomar como válido. Estas mentiras transformadas en verdades a menudo contaminan el pensamiento de los hijos, provocando que reaccionen con confusión o torpeza ante situaciones cotidianas, pero también se ven forzados a formar parte del engaño. En *Papá nos quiere*, los padres prohíben a las hijas acudir a "campamentos de verano y excursiones, cenas, cines, piscinas, cualquier tipo de salida", privándoles de una vida social que ansían. Tienen que justificar sus ausencias con excusas, las mismas excusas con las que después debe seguir la protagonista para mantener viva una mentira que, además, le duele. En estas páginas, la protagonista manifiesta su preocupación por estar convirtiéndose en alguien como su padre, en alguien que miente: "¿me estaré convirtiendo en una mentirosa?" (Domínguez, 2023: loc. 273). El hecho de que se encuentre a ella misma mintiendo no es un acto propiamente voluntario, sino que está propiciado por el miedo a contradecir la narrativa impuesta, por tanto correcta, pero también puede relacionarse con la contaminación, metafóricamente hablando, a la que queda expuesta en la casa:

> El cerebro se desarrolla en el tiempo, con una acumulación constante de repeticiones y exposiciones; cada momento es una oportunidad para reforzar patrones tanto positivos como negativos. Una vez se inicia una pauta, se convierte en una muesca o surco que facilita y

> aumenta las probabilidades de que se produzcan comportamientos similares. Los sistemas imitativos de nuestros cerebros sociales hacen que las conductas sean contagiosas. (Perry, 2016: loc. 4968-4975).

Otra forma en la que vemos cómo la mentira del padre afecta en la vida de los niños la podemos comentar a partir de la siguiente cita de *La familia*:

> Madre también se mostró encantada; ambos lo felicitaron delante de los hermanos, lo pusieron como modelo, cosa que jamás había ocurrido antes. El alivio dio paso a una especie de euforia: hubo un momento incluso en que hasta él mismo creyó que era un triunfador. (Mesa, 2022a: 74).

El hijo mayor, Damián, comienza a trabajar en una organización benéfica de la que su padre es partícipe, pero la recaudación se le complica al no conseguir vender todas las papeletas que le corresponden. Con el fin de no defraudar a su padre, opta por añadir de su propio bolsillo el dinero que falta, abriendo camino a toda una serie de halagos que recibe, más tarde, por parte de sus padres. Aunque él sabe que no ha jugado limpio, que ha mentido, la satisfacción que siente con el resultado alcanza a opacar el sentimiento de culpabilidad previo. Podríamos dotar de particular significación a este pasaje, ya que ilustra, en cierta manera, la superioridad ilusoria del padre mencionada anteriormente.

4.4. La culpa

A partir de las formas en las que se manifiesta esta emoción en los personajes construidos por Domínguez y Mesa, advertimos que se trata de un acto que responde al inconsciente y que, citando a Miller en *El drama del niño dotado*, se encuentra conectada al concepto de la responsabilidad: “aunque no éramos culpables de las crueldades vividas, nos sentíamos responsables de ellas” (Miller, 2020: loc. 264). Asimismo, para entenderla, debemos mantener presente el hecho de que se trata de una emoción anclada a la concepción tradicional de la familia, que se sustenta, entre otras cosas, en la obligación de deberse a esta: “Hasta hoy en día, la sociedad, respaldada por teorías que perpetuaban su ceguera al reflejar todavía los modelos educativos de nuestros bisabuelos, ha protegido al adulto y culpado a la víctima” (Miller, 2020: loc. 1679). En relación con esto, la culpa también se identifica como el fallo ante la expectativa de los padres.

Podemos explicar un sentimiento de culpabilidad muy característico que se relaciona de forma directa con la traición. Este silencio al que nos referimos forma parte de una suerte de pacto no escrito entre los componentes de la unidad familiar, y precisamente por ello verbalizar la verdad se percibe como una traición ante este aparente mutuo acuerdo: "Me gustaría poder explicarle lo mucho que me cuesta no percibir mis confesiones como una acusación, una deslealtad hacia mi familia entera" (Domínguez, 2023: loc. 511). Sucede algo muy similar en *La familia*, cuando Martina, tras una serie de sesiones de orientación con su profesora, descubre que lo que pensaba que se había convertido en un lugar seguro para ella también se ha visto corrompido por la irrupción de sus padres: "La niña supo entonces que había cometido el más reprochable de los pecados: el de la traición" (Mesa, 2022a: 190). Esta cita, entre otras, nos permite abarcar el sentimiento de culpa inculcado a través de la exigencia de un compromiso y una lealtad inquebrantables para con los padres.

Retomando el concepto de la expectativa de los padres depositada sobre los hijos, es importante subrayar, también, que estos niños alcanzan o experimentan un mayor grado de culpabilidad en lo que concierne a la transgresión de estas proyecciones. Por consiguiente, el cuerpo se utilizará como un canal para ponerse en contacto con el falso Yo, realizando un trabajo casi performático para someterse, consciente o inconscientemente, a la domesticación. Con la fabricación del falso Yo, la percepción del verdadero Yo se altera e, incluso, se olvida al no poder estimularse. De esta forma, la única manera que tienen de saber algo acerca de sí mismos es a través de la mirada ajena, la de sus padres. Aunque posteriormente sean capaces de reconocer en ello algo impropio, en estas directrices reside su único punto de referencia. La mirada de los padres se caracteriza por su tendencia a proyectar sus propias frustraciones en el hijo, configurando en torno a él una serie de expectativas que, de ser superadas, les servirán para obtener la validación que no habían logrado satisfacer por medio de otras vías. Así, la necesidad de aprobación no es exclusiva de los hijos:

> Pues los padres han encontrado en el falso Yo del niño la aprobación que buscaban, una sustitución de la seguridad que les faltaba, y el niño, que no ha podido construir seguridad propia alguna, sigue dependiendo de sus padres, primero conscientemente y luego a nivel inconsciente. (Miller, 2020: loc. 201-209).

Sin embargo, el carácter artificioso del falso Yo terminará por traicionar a la protagonista de *Papá nos quiere*, porque no puede fingir de forma permanente. Con el transcurso del tiempo,

servirse del mecanismo de la supresión de las emociones para tratar de ser fiel a la imagen perfecta que sus padres han trazado con tanto esmero para ella se vuelve insostenible; el colapso es inminente y, cuando ocurre, se traduce en culpa:

> Achaco el llanto a mi debilidad, esa que me echa en cara papá: eres demasiado delicada, dice cuando me ve derramar lágrimas. Eres demasiado complicada, repite cuando me atrevo a rogarle un poco de respeto. Eres una vieja amargada, acaba cuando arrugo entera la cara para contener el dolor. Por eso también me siento culpable, por no haber salido a su imagen y semejanza. (Domínguez, 2023: loc. 1536-1543).

Si bien el pasaje anterior simboliza la frustración ante la imposibilidad de cumplir con una expectativa depositada en el carácter de la hija, en *La familia* esto lo vemos trasladado, también, al ámbito académico/profesional. Damián, el mayor de los cuatro hijos, se matricula en la carrera universitaria de matemáticas porque imagina que es lo que sus padres esperan de él, pero lo cierto es que hace tiempo que no consigue aprobar sus exámenes y que tampoco asiste a sus clases. Quiere dejar la carrera, pero no puede hacerlo. Esto se lo confiesa a su vecina Clara, quien se convierte en una amiga con la que puede hablar con libertad, durante el período de la universidad. Damián le explica que su hermana Rosa anunció ante sus padres que iba a dejar la carrera y, por ende, él ha perdido la única oportunidad que tenía de sincerarse, de desmontar la expectativa. Aunque Clara no consigue comprender su miedo, reconoce los efectos paralizantes de la culpabilidad que siente: "Así —pensó— se explica que jamás consiga nada. Como si el mero hecho de flaquear, de dejarse vencer por la desolación, lo convirtiera en culpable" (Mesa, 2022a: 190).

4.5. La desconfianza

La desconfianza completa el proceso de domesticación de la identidad de los hijos, inducida y retroalimentada por los padres bajo el pretexto de la sobreprotección. El exterior es presentado como una potencial amenaza y, supuestamente, la única forma que tienen los hijos de protegerse es a través del aislamiento. Estos peligros no solo atañen a la exposición física en el exterior, sino también a presentarles la maldad de las personas, de todas, como una certeza absoluta e invariable. Son afirmaciones que interiorizan porque no las cuestionan; creen a los padres porque no conciben la posibilidad de no hacerlo: "Pero la manipulación

inconsciente nunca puede ser detectada por un niño. Es el aire que respira, no conoce otro y le parece el único normal" (Miller, 2020: loc. 324).

Los padres transfiguran completamente el significado de las cosas, tienden a las exageraciones y recurren a la creación de narrativas falsas sobre lo que ocurre *ahí fuera* en sus discursos con el propósito de justificar sus maneras de proceder. De esta forma, anulan cualquier tipo de independencia relativa a la conciencia o la libertad de acción de los hijos:

> Mis padres no me dejan ser. Desayuno noes, como noes, ceno noes, que incluso si no se expresan verbalmente persisten: he enmudecido porque ya conozco la respuesta. Sus charlas son sobre cómo podría acabar hospitalizada, violada o muerta si no les hago caso. Sus *te arrepentirás* suenan a finales de telediario. (Domínguez, 2023: loc. 1521).

Se trata de un ejercicio de una insistencia muy aguda, puesto que tiene una finalidad concreta: hacer creer a los niños que están completamente desamparados sin sus figuras responsables. Siguiendo con *Papá nos quiere*, sus padres definen los límites de seguridad de la protagonista, que empiezan y terminan con ellos y con Dios:

> Esas certezas que mamá repasa en nuestras charlas de dos, al otro lado de la puerta de la cocina y que, en realidad, son todas perlas del mismo rosario: en mi vida solo Dios me va a ayudar, solo la fe me va a salvar y solo mi familia me va a querer, NADIE de ahí fuera lo hará. Mamá me lo explica y se esfuerza en demostrarlo para que yo pueda comprenderlo. (Domínguez, 2023: loc. 1313).

La inclusión de este pasaje resulta particularmente significativa porque, aunque sabemos que la protagonista deja de creer en Dios cuando crece, también sabemos que, tiempo atrás, conectó con él por una carencia emocional, que no tanto por una cuestión de fe. Ante la barrera que aprendió a poner entre ella y sus padres, encontró resguardo en Dios: "Yo estoy totalmente receptiva a la idea de la existencia de Dios porque sigo sintiéndome incomunicada. Encuentro en él a alguien importante con quien dialogar antes de dormir" (Domínguez, 2023: loc. 582).

Mesa introduce en su novela la figura del tío Óscar como una personificación de todo aquello que el padre desprecia: "Para mí, el tío Óscar es un soplo de aire fresco. Representa ese

mundo exterior, lleno de supuestos peligros, que tanto preocupa al padre de familia" (Mesa, 2022c). De la misma forma en que los personajes de Jade y Martina aportan una perspectiva distinta a la de los padres, el tío Óscar supone el extremo contrario. Durante su estancia en la casa puede examinar con detenimiento a los miembros de la familia, y concluye subrayando la ceguera de los niños respecto al conocimiento de las otras formas de vida posibles que existen fuera de ella: "Pese a todo, los tres estaban marcados por una profunda y remota ignorancia, por la carencia de un conocimiento cabal de la vida más allá de los muros" (Mesa, 2022a: 114). Cuando crecen, sin embargo, se dan cuenta de que el exterior no produce más dolor del que se experimentaba en la casa.

Estas infancias se caracterizan por ser muy solitarias, tanto dentro como fuera de la casa, y la desconfianza obstaculiza, precisamente, el establecimiento de lazos humanos. Los niños se muestran incapaces de establecer vínculos genuinos con las personas de su edad porque esto se les presenta como una opción impropia de la pureza moral e intelectual de la familia y, por ende, un inconveniente en su desarrollo. Ambas autoras, Mesa y Domínguez, exponen que lo que ocurre en las familias que retratan no difiere de lo que sucede en un sistema dictatorial, o bien en una secta: "muchas se basan en que ellos tienen la verdad y el resto está equivocado y que, además, es peligroso. Y en esta familia se reproduce ese sistema de pensamiento" (Domínguez, 2024). De esta manera, los padres, favoreciendo el aislamiento social, tergiversan la percepción inocente e inofensiva que tienen los hijos de la amistad y confeccionan una nueva asociación con el dolor, el engaño y las malas intenciones. De nuevo, la mirada de los padres condiciona el proceder de los hijos: "En el caso de una paternidad receptiva, el placer y las interacciones humanas se entrelazan de manera compleja. Esta interconexión, asociar el placer con la interacción humana, es el «pegamento» neurobiológico esencial que vincula y crea relaciones saludables" (Perry, 2016: loc. 1788).

Con el fin de ejemplificar esto, podemos basarnos en la experiencia de la protagonista de *Papá nos quiere*. Aunque tenga claras las ordenanzas disfrazadas de consejos de sus padres, durante su niñez manifiesta, naturalmente, su deseo por tener amistades con las que vivirla. En el pasaje concreto al que nos referimos, la protagonista recibe una llamada telefónica de su compañera de clase, Teresa, quien le hace una serie de preguntas acerca de sus deberes de matemáticas. Aunque ella accede sin reticencias, dispuesta a ayudar a una potencial amiga, su madre no tarda en catalogar esta ayuda como un abuso por parte de su compañera, sugiriendo que la mera interacción oculta una intención implícita:

> Pero es imposible hablar porque mamá se junta con papá y, sin cerrar la puerta (¿pretenden que los oiga?), siguen repasando la jugada, a veces entre risas y burlas sobre lo infantil que soy, lo fácil que es engañarme, a veces mi padre chillando y mi madre histérica porque mi comportamiento les asusta, porque está claro que con mi cabeza hueca el mundo se va a aprovechar mucho de mí, y que por eso estoy mejor en casa, al amparo de toda esa gentuza GEN-TU-ZA. (Domínguez, 2023: loc. 1320).

En el caso de *La familia*, vemos en Rosa la otra cara de la amistad como una relación de conveniencia. Rosa comparte, por costumbre, su etapa universitaria con Paqui, de quien se olvida, progresivamente, una vez finalizado el periodo académico: "Paqui era una chica que cultivaba una actitud de segundona, escabulléndose de la primera fila a conciencia. (...) Rosa se había apoyado en ella al principio. Después, cuando cogió impulso, ya no le hizo falta para nada" (Mesa, 2022a: 27). Años más tarde, Rosa es la primera de los hermanos en independizarse y, debido a su cleptomanía, debe dejar a su hija, Raquel, a cargo de sus padres. Pero no está sola; durante esta etapa comparte piso con Yolanda, quien se convierte en lo que ella siente como su primera amistad genuina:

> No había sido consciente de hasta qué punto necesitaba una amiga así. Si echaba la vista atrás, solo podía recordar en su pasado algunas figuras borrosas que cumplieron una mera función auxiliar. No había alegría en esas amistades, solo una compañía utilitaria y bastante sosa; no las echó de menos cuando dejó de verlas, mientras que con Yolanda era muy diferente, una celebración continua. (Mesa, 2022a: 88).

Podemos establecer un paralelismo entre la relación que mantiene Rosa con Paqui y Yolanda, puesto que los finales son muy similares entre sí. En el primer caso, mientras que Paqui concede a su amistad con Rosa un valor especial, Rosa describe a Paqui como una suerte de comodín al que acudir siempre que lo considerara oportuno, prescindiendo con facilidad de ella el resto del tiempo. Tanto es así que a Rosa le cuesta recordarla y reconocerla cuando reaparece en su vida. Con Yolanda ocurre lo mismo, pero los "roles" se intercambian, ya que ahora es Rosa quien experimenta el rechazo:

> Se dirigía a ella lacónicamente y al volver de clase se encerraba en su cuarto con la excusa de que estaba agotada. Rosa la oía hablar por teléfono y reírse con las amistades por las que la había sustituido. Los primeros días sintió el aguijón del rechazo, cruel, frío y doloroso, pero

> luego se acostumbró. En cierto modo regresaba al lugar del que partía, no era nada nuevo. (Mesa, 2022a: 88-89).

5. Conclusiones

Las obras de Mesa y Domínguez nos presentan unos personajes subyugados que, independientemente del grado de adaptación a sus respectivos entornos familiares, se caracterizan por la necesidad de huir de ellos. La complejidad o imposibilidad de escapar es un tema que abordan ambas autoras al retratar en clave de futuro algunos fragmentos correspondientes a la etapa de la adultez. En términos generales, la independencia del núcleo familiar representa una libertad simbólica; no pueden desvincularse totalmente de la casa porque arrastran consigo las experiencias traumáticas sufridas:

> While neutral, sad and happy memories are organised and contextualised by the hippocampus, traumatic ones are processed by the posterior cingulate cortex, which is known to be the region of the brain that handles introspection. Traumatic memories, but as 'present experiences', re-experienced and relived when triggered. Trauma is a trapped memory, experienced over and over again as if it were happening right now. (Bogutskaya, 2024: loc. 676).

Siguiendo con la cita de Anna Bogutskaya, el trauma no permanece aferrado al momento en el que se produce, sino que es un recuerdo que se acarrea durante los años posteriores. La estructura narrativa fragmentaria de ambas obras puede relacionarse con el funcionamiento de estos recuerdos traumáticos, que irrumpen en la vida de los personajes como "experiencias presentes". De esta forma, la memoria individual desempeña un papel fundamental en la adultez, etapa vital en la que los hijos cuentan con la posibilidad de comenzar a explorar su autonomía. Sin embargo, las secuelas de los traumas experimentados por los infantes provocan una activación constante de sensación de amenaza (Perry, 2016: loc. 557), y es por esto por lo que los personajes se sienten desorientados ante una independencia que no saben cómo gestionar.

En lo que concierne a la hipótesis de partida del trabajo (¿qué ocurre con la identidad de los hijos cuando se encuentra sometida a un estilo educativo parental autoritario?), podemos abordar la respuesta desde las consecuencias del proceso de domesticación, que se traducen en las renuncias de los hijos en virtud de la aceptación de los padres. Entre estas carencias

destacamos, en primer lugar, las relaciones sociales. Cuando los personajes crecen, comienzan a efectuarse por primera vez sus acercamientos voluntarios hacia otras personas, pero, incluso en la adultez, continúan teniendo problemas de socialización, en términos generales, debido al aprendizaje de la norma familiar impuesta. El afecto también es algo de lo que se les priva y, además, su necesidad se manifiesta múltiples veces a lo largo de los textos, evidenciando una carencia que tiene su origen en la negación de cariño del infante desde que es pequeño. También podemos mencionar el abandono metafórico de la niñez propiciado por la negligencia parental y la renuncia a la agencia personal y la autodeterminación, al derecho individual en lo que concierne a la toma de decisiones. Finalmente, como hemos mencionado con anterioridad, tampoco cuentan con una autonomía absoluta cuando, algunos de ellos, se independizan. Asimismo, la emancipación también supone una renuncia. Podemos pensar en el personaje de Rosa, quien sigue dependiendo de sus padres en lo referente al cuidado de su hija, o en la protagonista de *Papá nos quiere*, en cuya casa irrumpen sus padres según sus apetencias, puesto que tienen una copia de sus llaves.

Sea como fuere, los personajes crean una serie de mecanismos que les permiten sobrevivir a la familia durante su estancia en el hogar. Es decir, también puede hablarse de todo aquello que les sirve a estos niños para preservar su identidad. La protagonista de *Papá nos quiere* se refugia en la literatura durante su niñez, aunque también lo hace en los sueños, en la fabulación de vidas secretas que pueden ayudar a sobrellevar la realidad, mientras que en la adultez las sesiones de terapia se convierten en su vía de escape. En *La familia*, Damián esconde una gran colección de cómics y Aqui pasa prácticamente todo el tiempo dibujando. En el caso de Mesa, la creación de vidas secretas es más literal. Ejemplos de ello son la cleptomanía de Rosa o la relación de amistad de Damián con Clara, que este debe mantener en secreto. Por otro lado, los hermanos, testigos compartidos de la violencia ejercida contra ellos, desempeñan un papel fundamental en la preservación del Yo.

De acuerdo con los resultados obtenidos en el presente trabajo, puede proponerse una futura línea de investigación que suponga un análisis exhaustivo del sistema familiar en su totalidad. Por motivo de la delimitación del objeto de estudio a la infancia (y, por ende, a los hijos) y la falta de información proporcionada en estas novelas en concreto, no hemos podido integrar extensamente la cuestión del trauma generacional. Podemos suponer que al proceso de domesticación de la identidad de los hijos le precede el probable proceso de domesticación de

la identidad del padre, también durante la infancia. Esto aparece en ambas novelas como una suerte de subtexto, algo que no se explicita pero que el lector puede reconocer como una transmisión voluntaria del trauma sufrido. En las novelas de Mesa y Domínguez prevalece la voluntad de representar el trauma infantil y su posterior afectación en la configuración de la identidad individual como una suerte de herencia, pero en los personajes de los hijos no se encuentra lo que podemos denominar como el trauma originario. Por ende, resultaría interesante indagar en otros textos literarios que también exploren la identidad en contextos de violencia intrafamiliar con el propósito de dar con algunos que pudieran permitir la realización de un análisis que parta desde el respectivo origen.

6. Bibliografía

Asensi Pérez, Manuel (2017). «La teoría lacaniana de la homosexualidad y de la familia en desorden». *Lectora* (23), 113-151.

Bogutskaya, Anna (2024). *Feeding the monster. Why horror has a hold on us*. Faber & Faber, London.

Domínguez, Leticia G. (2023). *Papá nos quiere*. Caballo de Troya, Barcelona.

Domínguez, Leticia G. (2024), «#011 Autoficción, familia y referentes literarios con Leticia G. Domínguez: 'Papá nos quiere'», Loras Lectoras, https://www.youtube.com/watch?v=rTdJuinYM_0

Domínguez, Leticia G. (2025), «*Papá nos quiere*, el maravilloso debut literario que desvela cómo la familia también ahoga y provoca traumas», SER Podcast, https://youtu.be/_TY9iUPwrRo?si=Metbra5GTeEZhMkA

Engels, Friedrich (2017): «Sobre el origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado: a la luz de las investigaciones de Lewis H. Morgan». XHGLC Publicaciones Editoriales, México.

Lewis, Sophie (2023). *Abolir la familia. Un manifiesto por los cuidados y la liberación*. Traficantes de Sueños, Madrid.

Mesa, Sara (2022a). *La familia*. Anagrama, Barcelona.

Mesa, Sara (2022b), «Sara Mesa por Gudrun Palomino», entrevistada por Gudrun Palomino, *Casapaís* (20 de diciembre), https://www.casapais.org/cada-arbol-un-cuerpo/entrevista-a-sara-mesa

Mesa, Sara (2022c), «Sara Mesa: "Cuestiono la visión idealizada que se tiene de la familia como lugar seguro», entrevistada por Ángel Peña, *The Objective* (11 de octubre), https://theobjective.com/cultura/2022-10-11/sara-mesa-familia/

Mesa, Sara (2023), «No sé si es posible una vida sin secretos, pero sé que quienes alardean de no tenerlos a menudo se autoengañan», entrevistada por Andrea Yepes Cuartas, *Ethic* (11 de abril), https://ethic.es/2023/04/entrevista-sara-mesa/

Miller, Alice (2005). *El cuerpo nunca miente*. Tusquets, Barcelona.

Miller, Alice (2020). *El drama del niño dotado y la búsqueda del verdadero yo*. Tusquets, Barcelona.

Miller, Alice (2021). *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño*. Tusquets, Barcelona.

O'Brien, M. E. (2022a). *Family abolition. Capitalism and the Communizing of Care*. Pluto Press, Londres.

O'Brien, M. E., Raha, Nat, Baars, Grietje, Xin, Liu y Klitgård, Mathias (2022b). «Transversing sexualities and critiques of capital». *Women, Gender & Research*, (1), 65-89.

Perry, Bruce y Szalavitz, Maia (2016). *El chico a quien criaron como perro y otras historias del cuaderno de un psiquiatra infantil*. Capitán Swing, Madrid.

Roudinesco, Élisabeth (2006). *La familia en desorden*. Anagrama, Barcelona.

Seki, Michiko Shimada (2004). «La familia en desorden». *TRAMAS. Subjetividad y procesos sociales*, (23), 211-213.

Valbuena Vanegas, Inés (2011). «La familia en desorden». Revista UIS Humanidades, 39(2), 111-115.

Zoja, Luigi (2018). *El gesto de Héctor*. Taurus, Barcelona.